COLOR HISTORIETAS



COLOR PARA NIÑOS











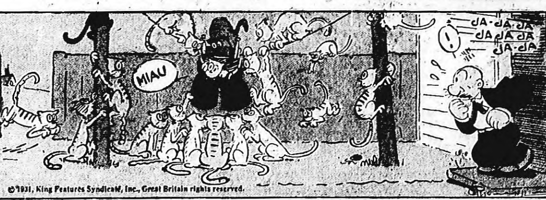












LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por



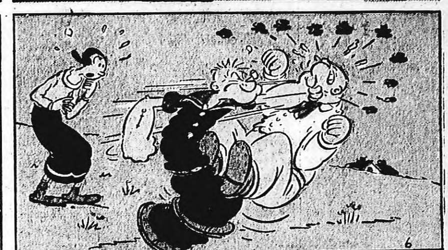












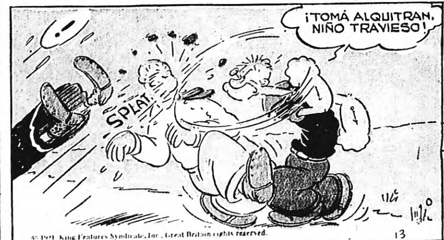














EL NIDO DE DOÑA URRACA

HAY MUCHAS MANERAS DE PODER CONCILIAR EL SUEÑO

No es Todo Poder Dormir, es Necesario Saber Dormir

Hay muchas personas para las cuales constituye el insomnio una grave enfermedad, contra la que no sirve de nada ninguno de los remedios ordinariamente aconsejados.

En estos casos hay quien recurre a procedimientos de lo más raro que puede imaginarse, pero que parecen ser eficaces como ellos solos.

La idea, por ejemplo, de ponerse anteojos para dormir bien, parece digna de un loco; sin embargo, un caballero en su sano juicio y jefe de una importante casa de comercio por más señas, jamás se acostaba sin anteojos, y de no hacerlo así le era imposible conciliar el sueño.

Lo más notable es que dicho individuo gozaba de una vista completa; pero precisamente en eso se fundaba su curioso procedimiento contra el insomnio, pues se ha observado que las gafas, cuando los ojos no están acostumbrados a ellas, producen una marcada somnolencia. Claro está que el sistema sólo puede recomendarse a las personas que duermen sin dar muchas vueltas en la cama.

De una señorita sabemos que no puede dormir sin guantes, con la particularidad de que ha de usar siempre el mismo par.

Cuando se le estropea y tiene que comprar otro nuevo; pasa algunas malas noches hasta que consigue acostumbrarse a él.

Hay también personas que para dormirse necesitan estar oyendo el tic-tac de su reloj; y, lo que es más extraño, algunas se despiertan de pronto si el reloj se para, como si existiera una singular comunicación en sus nervios y la máquina.

Algunos calvos que ordinariamente no gastan peluca, tienen que ponérsela al meterse en la cama si no quieren pasar toda la noche despiertos.

Probablemente la explicación de esta rareza es que el contacto de la almohada con la cabeza desnuda no les permite dormir bien; un gorro de dormir surtiría tal vez el mismo efecto.

Las señoras que no pueden descansar sin atarse un pañuelo alrededor de la cabeza y un chal sobre los hombros, y los ancianos que tienen que dormir con el chaleco puesto, son también ejemplos que deben figurar junto a los ya citados.

Que un sordo quiera dormir siempre con la trompetilla acústica a mano, nada tiene de particular, pero si lo tiene, y mucho, la costumbre que algunos siguen de atarse el instrumento a la oreja antes de meterse en la cama, procurando asegurarlo de manera que no se caiga durante la noche.

Un caballero que se acostaba así todas las noches decía que lo hacía como medida de precaución, pues si ocurría un incendió en la casa o un choque viajando en el ferrocarril de nada le servirían las voces de alarma de los vecinos o de los viajeros si no tenía el aparato junto al oído que suplía su defecto.

Son muchas las personas que experimentan náuseas o tienen pesadillas si no duermen con la cabeza hacia el norte.

¿Será porque el Polo ejerza alguna influencia magnética sobre su cerebro?

Uno de los casos más notables de este género era el de una señora que no quiso en cierta ocasión emprender un viaje a pesar de tener el boleto tomado, porque se encontró con que en el sleeping-car tenía que dormir con la cabeza hacia el Oeste.

Un muñeco de esos de madera pintada, que suben y bajan a lo largo de un palito por medio de un sencillísimo mecanismo, es sin duda el más peregrino rival de la adormidera.

Con todo, un caballero que padecía de insomnios recurrió a uno de estos juguetes para curarse, y obtuvo un excelente resultado.

Puso el mecanismo en comunicación con una batería eléctrica, y el continuo e invariable movimiento del monigote le hacía cerrar los ojos a los pocos minutos de acostarse.

Y con ésto terminamos, no vaya a ser que el articulito resulte, como soporífico, superior a todos los conocidos y por conocer.

CIFRAS CAPRICHOSAS

Si usted le pregunta a alguno de sus amigos, que sea conocedor de lo que es aritmética, cuánto hacen cuatro veces quince, le contestará inmediatamente, que sesenta.

"Puedo demostrarle que estás equivocado", podrá decirle, colocándole cuatro quinces en la forma indicada más abajo. Entonces sumarán mucho más de sesenta, ¿no es cierto?

Esta es la colocación que habrá que darles a las cifras:

```
15
 15
  15
   15
-----
16665
```

CUENTA JUSTA

—¡Y decir que llevamos ya diez años de matrimonio!

—¿Es un reproche? En ese tiempo tú has salido ganando.

—¿Por qué?

—Porque te casaste a los veintiuno, esposa mía, y ahora dices que tienes veintisiete. Ganas cuatro.

En Chicago hay muchas personas que tienen buhos, en vez de gatos, para destruir los ratones y otras plagas por el estilo.

Es muy raro que la fealdad se conozca a sí misma y rompa el espejo.—J. de MAISTRE.

En los ferrocarriles argentinos los boletos de abono llevan el retrato del propietario, para evitar que varias personas usen el mismo abono.

Aprenda Usted a Hacer Este Jueguito

¿Puede usted cortar una cruz negra en cuatro pedazos y agrupar luego, esos cuatro pedazos, sobre un papel blanco, de modo que formen un cuadrado negro con una cruz blanca en el centro?

Tal vez le parezca algo imposible, pero dejará de serlo para usted en cuanto se haya fijado en el dibujito que acompaña a estas líneas.

Fijándose en él, verá cómo hay que cortar la cruz negra y cómo hay que reunir luego los cuatro pedazos para que aparezca entre ellos, que formarán un cuadrado, la cruz blanca.

UNA IGLESIA AMBULANTE

En los Estados Unidos del Oeste, la iglesia se ha asociado al ferrocarril de un modo verdaderamente original. En dicho punto ocurre que, repartidos en una extensa zona, hay varios pueblos compuestos en su mayor parte de familias católicas, cuya situación económica no les permite pagar de su bolsillo todos los gastos necesarios para mantener convenientemente el culto de su religión.

Por otra parte, la sociedad encargada de velar por los intereses católicos, constituída en Norte América hace cinco años, no se encuentra en estado de fabricar una iglesia y mantener un sacerdote por cada uno de los pueblos citados.

En tal conflicto, y después de detenida meditación, se ha venido a un acuerdo verdaderamente americano, en virtud del cual, la iglesia, montada sobre ruedas, marcha todos los domingos por la vía férrea al encuentro de los fieles. Esta iglesia es un magnífico vagón, transformado en capilla y provisto de todo lo necesario para el servicio religioso: altar, confesionario y dos filas de bancos donde pueden acomodarse hasta cien personas.

De acuerdo con la compañía de ferrocarriles el vagón-capilla es enganchado a la cola del tren y cuando éste llega a la estación más próxima al pueblo católico, se detiene, deja el vagón en un apostadero y continúa su viaje. La población católica espera ya en la estación la llegada del tren que conduce a su parroquia ambulante y asiste al sacrificio de la misa. El sacerdote aprovecha su estancia en el pueblo para visitar a los enfermos y a la llegada del siguiente convoy prosigue su camino en la iglesia-vagón a lo largo de la vía férrea.

Hay que Buscar Algo Más



Cuando pasó el circo por la calle, a todos les pareció muy graciosa la procesión y todos se rieron al ver a estos dos payasos. Se rieron con algo más que no se ve en el dibujo, pero que usted podrá hacer aparecer, si pone la punta de un lápiz en el número 1, traza una línea hasta el 2 y luego hasta el 3, dos veces y sigue adelante hasta completar el trazado de lo que ha de verse.

DRAMA

Ella entró en la habitación donde él se hallaba solo y sentado, y entró con un cuchillo reluciente en la mano.

Tenía la cara pálida y en sus ojos brillaban relámpagos de estrilo. El hombre cuyo nombre ella llevaba estaba sentado junto a la estufa, pensativo, y no oyó el paso cauteloso de la mujer que había entrado, así que no notó su presencia hasta que se encontró ante él, con ademán de desesperación y blandiendo el cuchillo.

—¡No puedo! — dijo ella convulsivamente, y cayó junto al sillón, completamente desesperada.

Una expresión de lástima y un gesto de consideración se pintaron en el semblante de él.

—¿Qué te pasa adorada mía? — le preguntó con voz acariciante.

Pero ella no contestó. No hizo más que mostrarle un pedazo de lápiz. ¡La pobre estaba queriendo sacarle punta con el cuchillo de mesa que llevaba en la mano!

LONGEVIDAD

Entre los casos más interesantes de longevidad, merece recordarse el de Tomás Pareen, cuyo cadáver fué disecado por Harvey, y que alcanzó la edad de 152 años.

Al cumplir 120 contrajo segundas nupcias.

Josué, según la leyenda, murió a la edad de 110 años.

Moisés a los 120.

Un censo hecho en tiempo de Vespasiano y del cual nos da noticias Plinio el joven, registró — en una extensión de territorio italiano, relativamente pequeña — 80 personas de edad superior a 100 años, de las cuales 11 llegaron hasta los 130.

Tales casos de longevidad no se ofrecen en nuestros días.

En el censo de 1871 en Baviera, había 27 personas que declararon tener más de 100 años de edad, pero una investigación oficial puso en claro que, de las 27 personas citadas, una sola era realmente centenaria.

Las demás declararon serlo para obtener una pensión especial.

Actualmente el límite de la vida puede fijarse en general entre los 60 y los 80 años; pero se da el caso de que esta edad se alcanza en nuestros días más frecuentemente que en tiempos pasados.

—¡Me río yo de los ateos! Si no hubiera Dios. ¿quién habría hecho el mundo?

—Cualquiera.

—¡Cualquiera... cualquiera! Eso es muy fácil de decir. ¿Por qué no hace usted otro?

—Porque no sabría dónde ponerlo.

—En mi país —dice un gallego a un amigo andaluz— una mujer ha dado a luz dos hermanitas gemelas, que están unidas por los costados.

—Eso no es nada. En mi tierra hay dos criaturitas unidas de ese modo. Pero lo grande está en que no son hermanas.

—¿Pues qué son?

—Primas.

* * *

El remordimiento es un aviso del cielo, un anuncio de que en el alma del criminal hay conciencia. — CASTELAR.

* * *

Un cerrajero de Taland, en los Alpes, tiene un peral que mide sesenta metros de circunferencia y una altura de diez y siete metros.

METODO SENCILLO

La elegantísima señorita de Albaricoque ha regresado de una estada de ocho días en casa de una amiga que habita en el campo.

Imagínense ustedes su consternación al ver que su bien surtido guardarropa estaba vacío.

—Pero ¿qué es eso, Jorge?— le dice a su hermano pequeño—. ¿Dónde están mis vestidos? ¿Y qué significa esa mancha negra en mitad del césped del jardín?

El semblante infantil de Jorge exhibió una expresión de rectitud y su mirada se fijó en los ojos de su hermana:

—María — contestó con seriedad — me escribiste diciéndome que si necesitaba la llave del salón de billar yo la encontraría en el bolsillo de tu blusa azul.

—Es cierto.

—Pues bien, como yo no distingo una blusa de una sábana tomé todas las cosas que había en el armario, las quemé en un montón y de las cenizas saqué la llave. ¡Nada más sencillo!

DE NAPOLEON

En sus interesantes recuerdos de un sexagenario, Arnaud cuenta la siguiente anécdota:

Transcurrieron dos años de la revolución francesa.

El joven general Napoleón Bonaparte hablase encargado del mando del ejército de Italia y obtenido brillantes victorias.

Pero el tesoro de la República estaba exhausto; las tropas por consiguiente mal aprovisionadas y los heroicos soldados marchaban casi descalzos y con los uniformes hechos jirones.

Cierta vez Bonaparte pasaba revista a sus valerosos regimientos.

De pronto un veterano granadero sale de las filas y cuadrado respetuosamente muestra al general sus desgarradas prendas y le suplica se le suministre un uniforme en mejor estado.

Bonaparte titubea un instante.

Si accede a la petición del granadero, otros mil se presentarán a repetirla y la caja del ejército no está para estas bromas.

Sin embargo, un segundo de reflexión bastó a su clarividente espíritu para hallar la solución del compromiso:

—Parece mentira, ciudadano, dice con fingido enojo dirigiéndose al jefe de administración militar que le acompaña; parece mentira que tengáis a vuestros bravos soldados en semejante estado. Exijo que sin tardanza se le suministren uniformes.

Una poderosa salva de ¡Viva Bonaparte! acoge las últimas palabras del general.

Pero éste, dirigiéndose al granadero, dice:

—Ya ves que accedo a lo que me pides. Pero a mí, la verdad, en tu lugar me apenaría despojarme de un uniforme con el cual había realizado tan gloriosa campaña. Y si ahora te pones un traje nuevo vas a parecer a las gentes un soldado nuevo que acaba de llegar.

—Toma, es verdad, exclamó confuso el granadero; no me había dado cuenta de ello. Después de todo ya está uno acostumbrado. Y eso de que me tomen por un recluta, la verdad...

Ningún soldado volvió a reclamar uniforme nuevo.

Lo que hace de peor el hombre es malgastar el tiempo.—TEOFRASTO.

* * *

El Transvaal produce la tercera parte del oro que dan las minas de todo el mundo.

RAZON DE PESO



—Señorita, no sea usted cruèl, no desaire mi pasión...

—No puedo acceder...

—Pronto el sí... Una razón poderosa me obliga a no seguir de rodillas más tiempo...

—¿Cuál?

—Queseme hacen rodilleras.

CAJAS DE SOMBREROS

En una exposición que actualmente se celebra en Hudson Fulton (Estados Unidos) puede verse un departamento destinado únicamente a cajas antiguas de sombreros.

¿Qué interés, preguntarán algunos, pueden tener estos cartones, que todo el mundo arroja a la basura apénas han cumplido su precario fin? Ninguno, desde luego, en la generalidad de los casos. Pero las cajas exhibidas en Hudson Fulton tienen el interés de las estampas que los cubren, algunas de considerable valor artístico.

Muchas de estas estampas representan momentos curiosos de la historia de los Estados Unidos. En una de ellas figura la inauguración del canal Erie y otra representa el antiquísimo Asilo de Sordomudos, que se elevaba en las cercanías de Madison Square.

Otra caja de las más interesantes muestra el retrato ecuestre del general Taylor, presidente de los Estados Unidos en 1848 y célebre por haber sido uno de los más significados caudillos en la guerra sostenida hace mucho años por los Estados Unidos contra Méjico.

En una estampa antiquísima puede verse la primera aplicación de las vías férreas en América, las cuales, como es sabido, precedieron al empleo de las locomotoras. El dibujo representa un enorme vagón lleno de madera.

Establecióse un relojero en cierta ciudad y puso en el letrero de su tienda:

"A la mejor relojería del mundo".

Al poco tiempo establecióse otro individuo del mismo oficio en la misma calle y puso en su muestra:

"A la mejor relojería de la ciudad".

Y otro industrial, al poner a su vez otro establecimiento análogo en la misma vía, no tuvo más remedio que apelar a este rótulo.

"A la mejor relojería de esta calle."

"Cuando Doña Urraca lleva a su nido cosas brillantes, agradables e inútiles, nos da una gran lección de periodismo. Nosotros la aprovechamos".

UN TESTAMENTO DE SABIO

El biólogo y doctor estadounidense Agassiz dejó, al fallecer, la importante suma de un millón de francos para el museo de zoología comparada de la Universidad de Cambridge, que fué por su padre fundado y del que había sido director después de la muerte de aquél. Además, dejó a este instituto su importante biblioteca y todos sus aparatos científicos.

Pero no satisfecho todavía de su largueza, impuso a sus tres hijos, cada uno de los cuales heredó cinco milones de francos, que a su muerte dejasen a su vez parte de la herencia al mismo Museo de Cambridge.

FORMA DE PAGO



—Dígame, doctor Bisturí, ¿por qué va usted siempre a pie?

—Porque sólo tengo lo que me pagan mis enfermos.

—Lo mismo le debe de suceder a Lanceta y siempre le veo en coche.

—Es que a ese le pagan los herederos.

CONTRARIEDAD

—¿Y bien? — dijo el bello pescador de fortunas a la hija, ni fea ni linda, del millonario Platudo. — ¿Qué dice su papá?

—No quiere acceder, — contestó ella sollozando, — se muestra inflexible. No quiere saber nada.

—¡Oh!

—Dice que si yo me caso con usted no tendré un centavo de su fortuna.

—¡Pobrecita!

—Pero yo he tomado una decisión: escuche:

—¿Qué?

—Arturo, — gritó la joven, ni fea ni linda, hija del millonario Platudo—. Arturo, yo me casaré con usted a pesar de todo; ¡el dinero no constituye la felicidad!

—¡La gran flauta! — exclamó el pescador de fortunas, rascándose el mate.

UN PRESO VIEJO

El 16 de abril de 1910 fué puesto en libertad en Berlín por virtud de un indulto, del emperador, el asesino Moabit, el cual pasó 35 años en una celda.

Este anciano, de blancos cabellos, tan pronto como se vió en la puerta de la prisión, contempló asustado cuanto pasaba a su alrededor y quedó sorprendido al oír el ruido de un tranvía eléctrico.

Realmente el mundo había cambiado para aquel hombre, que fué excluído de él, cuando contaba 36 años de edad.

Por esto, después de dar algunas vueltas, pidió auxilio al funcionario que le había acompañado hasta la salida, suplicándole que no le abandonase en medio de la gran ciudad. Ante tal súplica, la autoridad penitenciaria ordenó que un guardián le sirviese de guía como si fuera un niño durante sus primeros días de libertad.

LITERATURA UTIL



Tomás.—Ahora que has roto tu noviazgo ¿vas a hacer que Clara te devuelva tus cartas?

Colás.—Naturalmente. Pienso en aprovecharlas para la próxima novia que tenga.

Las mismas ideas, nacidas en pueblos enteros entre sí desconocidos, deben tener un motivo común de verdad. — VICO.

* * *

El efectivo total de las tribus de esquimales no pasa de unos 30.000 hombres.

ALCOHOLISMO

El alcoholismo, esta terrible plaga de los tiempos modernos, se remonta a la antigüedad más pretérita. ¿Qué cosa no se remonta a más pretérita antigüedad?

Hipócrates, padre de la medicina, escribió sobre el tratamiento para curar a los enfermos alcohólicos, cinco siglos antes de nuestra era. Platón, Aristóteles y Plutarco se ocupan de ellos y el último señala la degeneración de los hijos de padres alcohólicos.

Pero lo que muestra más vivamente la gravedad del mal, son las leyes promulgadas para contenerlo. Dracon impuso la pena de muerte a los borrachos. Solon, más indulgente, reservó la suprema sanción para los funcionarios que se embriagaban.

Una ley que haría las delicias de las modernas sectas antialcohólicas y también las de más de un almacenero prohibía expender el vino, a no ser con agua, y Aristóles, lejos de juzgar la embriaguez como atenuante para un criminal, la consideraba motivo para imponerle doble pena. En cuanto a Licurgo, conocido en su original procedimiento para alejar a los espartanos de la afición a la bebida, embriagando a los esclavos delante de los jóvenes para que éstos viesen la degradación en que cae el hombre cuando se abandona a los placeres del espirituoso licor.

Los hombres están más propensos que las mujeres a sufrir de tartamudez.

* * *

Tened compasión de los pobres, aun de aquellos que se dejan arrastrar por la impaciencia y hasta por la cólera. Calculad, antes de condenarlos, cuán terrible ha de ser para ellos sufrir toda suerte de privaciones en el interior de una buhardilla o, como suceda algunas veces, en pleno despoblado, mientras a poca distancia de ellos se agita multitud de hombres bien abrigados y perfectamente comidos. — S. PELLICO.

* * *

En Inglaterra mueren, cada año, 70.000 personas atacadas de tuberculosis.

* * *

Preguntaron a un andaluz si su hijo había caído soldado.

—Sí, señor. ¡Ya ve usted qué injusticia! Mi hijo es tan chiquitín, que cuando pasa por la calle tiene que ir cantando para que no le pisen.

MATRIMONIAL



—¡Ah, Arturo mío! Si yo me muriera, ¿qué harías tu sin mí?

—Mi santa voluntad. ¿Te parece poco?

LOS QUE NO BEBEN

Hay muchos animales que no beben nunca, porque absorben suficiente cantidad de humedad por los tejidos del cuerpo o extraen del aire o de los alimentos que comen la que necesitan.

El señor Blanford, en un libro que escribió sobre Abisinia, dice que la gacela de Bennett no bebe jamás.

Darwin afirma también en sus "Viajes de un naturalista" que las llamas salvajes de la Patagonia no beben agua a menos que sea salada, pues que en muchas localidades no la hay dulce.

Otro animal que tampoco bebe es el perezoso.

Se cuenta que en las colecciones zoológicas de Londres vivió durante 52 años una cotorra sin probar una sola gota de agua y también dicen que los conejos en estado salvaje nunca beben.

El señor Wood explica esto diciendo que dichos animales comen hierba cuando está muy cargada de rocío; de este modo beben al mismo tiempo que comen.

Hay 3.900 millas de canales en el Reino Unido.

* * *

Gerundio, que es muy tartamudo, volvía a su casa a las 4 de la mañana, después de haber pasado el tiempo en su club. Al llegar, se entabló entre Gerundio y su esposa, el siguiente diálogo:

—¿Eres tú, Gerundio? —preguntó la esposa antes de abrir la puerta.

—Sí... sí... que... querida... s... s... soy yo— contestó el tartamudo.

—¿Pero qué es eso? ¿Cómo es que vienes nada menos que a las cuatro de la mañana?

—¿Las... cuá... cuá... cuatro? —dijo Gerundio. ¡No! S... s... si es la una!

—¡No! ¡El reloj acaba de dar cuatro campanadas!— exclamó, airada, la señora.

Y a esto Gerundio contestó, con absoluta convicción:

—¡Ca... ca... ramba! Este maldito reloj Ya tar... tar... ta mudea como yo, Se ha con... con... contagiado.

CAYO EN LA TRAMPA

—No necesito nada — dijo la señora al hombre de mala facha que había llamado a la puerta.

—No soy vendedor ambulante, señora — dijo el hombre—. Mis negocios son de índole completamente distinta. ¿Se acuerda usted de un atorrante que llamó a su puerta hace seis semanas?

—No, señor.

—Yo le haré recordar. Usted estaba vestida con un batón muy viejo, atado a la cintura con una piola, tenía puestos los papelitos de rizarse el cabello y la nariz manchada con hollín de la cocina...

Ella quiso cerrar la puerta pero el hombre no la dejó.

—Usted llevaba — continuó — una sartén en una mano y una parrilla en la otra y amenazaba con ambos objetos al atorrante.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué se le ocurre ahora?

—Casi nada, señora; aquel atorrante soy yo, y en el paquete que llevaba tenía disimulada una máquina fotográfica con la que saqué de usted una instantánea en la que está usted en la forma que le he descripto...

—¡Oh!

—Como su vecina me ha ofrecido nueve pesos por esa fotografía, yo venía a ver si usted quiere darme diez, porque entonces daré a usted la preferencia.

La señora compró la fotografía.

EL NUMERO FATIDICO

Una revista parisién, que vislumbra vagamente la superstición de muchos de sus lectores, consigna que hace poco hubo un viernes que fué día 13.

La historia suministra hechos que confirman o contradicen la fatalidad del número, conforme al ánimo de quien la estudia. Enrique IV, rey de Francia, y Carnot, presidente de la República, nacieron en viernes 13 y perecieron asesinados; en cambio, Mac Mahon, que vino al mundo bajo la misma estrella, murió cargado de años y laureles.

Uno de los últimos viernes 13 el magnífico d'Annunzio tomó un coche en París que llevaba aquel número; permaneció en el vehículo durante algnas horas y pagó 13 francos al cochero; al entrar a su domicilio encontró 13 cartas, 13 invitados se sentaron a su mesa. Tantos indicios de mal augurio preocuparon al poeta; y, en efecto, por la noche, hallándose en un teatro entre bastidores, una decoración desprendida estuvo a punto de saltarle un ojo; otro día cualquiera el peligro se hubiera convertido en realidad tangible.

El viernes desempeñó un papel importante en la existencia de Napoleón I. En ese día entró en la escuela de Brienne, fué proclamado primer cónsul, consagrado emperador y embarcaba para Santa Elena. Aparte de esta última fecha, ninguna de las otras le fué funesta. A imitación de otros que ya existían en Londres, en Filadelfia se ha fundado un club para demostrar que al número 13 no acompaña ni sigue ningún peligro. Los 13 miembros de que consta se congregan el día 13; todos alcanzan prosperidades y vida dilatada.

Los territorios que formaron en un principio los Estados de la Unión americana fueron descubiertos un día 13: en los orígenes, la república contaba 13 Estados; su primitiva bandera tenía, por consiguiente, 13 estrellas y 13 franjas.

Su divisa "Ed pluribus uhum" tiene 13 letras. Su emblema consiste en una imagen de la Libertad y un águila: la primera está coronada por 13 estrellas; el águila aprisiona en una de sus garras 13 rayos y en la otra un ramo de oliva de 13 hojas; cada una de las alas del ave regia cuenta 13 plumas.

A pesar del número fatídico, los Estados Unidos vivieron y viven una existencia próspera y envidiable.

Unicamente la historia de los pueblos libres es digna de llamar la atención. La historia de las naciones regidas despóticamente es una simple colección de anécdotas. — CHAMFORT.

* * *

Un individuo encuentra a Rufilanchas en la calle Florida.

—Usted dispense — le dice. ¿No es usted el señor González, de Córdoba.

—No, señor.

—Pues nadie lo diría, porque tiene usted un parecido muy grande con él.

—No es posible. ¿Cómo he de parecerme a ese hombre si ni siquiera le conozco?

FERROVIARIA

—Diga, jefe, ¿a qué hora sale ahora el tren de las cuatro cuarenta y cinco?

—A las cinco menos cuarto.

—¡Dios mío! Siempre están cambiando los horarios.

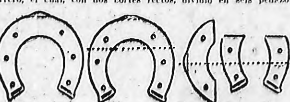
Si los pícaros fuesen capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombres de bien, serían hombres de bien por picardía. — FRANKLIN.

* * *

El primer faro construído para los buques aéreos se está edificando actualmente encima de una pequeña estación de ferrocarril, en Spandau, Alemania. Consiste en 38 poderosas lámparas eléctricas y tiene por objeto guiar a los buques aéreos del ejército alemán, durante la noche. Uno de los parques aéreos de Alemania se halla situado en Spandau.

La Herradura de la Suerte

Seis chicos de una escuela se encontraron una herradura que tenía seis agujeros para los clavos. Cada uno de los pibes quería quedarse con la herradura, de modo que, después de discutir mucho, decidieron quedarse cada uno con un pedazo que tuviera un agujero. Llevaron la herradura a un herrero, el cual, con dos cortes rectos, dividió en seis pedazos



la herradura, de modo que hubiera un agujero en cada pedazo. El grabado muestra cómo procedió el ingenioso herrero para dividir debidamente la herradura y dejar satisfechos a los seis pibes, deseosos de dividirse la buena suerte que, según dicen, proporcionan a quien las posee las herraduras de seis agujeros que se encuentran en la calle.

EL ANANAS

Después de todas las cosas que se han dicho sobre el ananás, ahora resulta que es un gran digestivo y sirve para evitar a los dispépticos los horrores de las digestiones difíciles que suelen padecer, con su acompañamiento de pesadillas, etcétera.

El Dr. B. R. Williams, uno de los médicos más reputados de Nueva York, es el campeón de esta fruta, y ha publicado el resultado de sus experimentos con ella durante dos años en el tratamiento de la dispepsia y la indigestión.

Según el citado doctor, cualquier paciente que sufra de indigestiones puede comer langosta a media noche, y con tal que alterne de cuando en cuando durante la cena unos pedacitos de ananás, puede acostarse en la seguridad de que tendrá un sueño tranquilo y una digestión perfecta.

El jugo de ananás no curará inmediatamente una indigestión; pero es seguro que la impide, según el citado doctor, quien atribuye las propiedades curativas del ananás a la bromelina que contiene, y dice que esa substancia es superior en sus resultados a la pepsina.

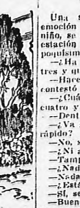
También recomienda a las personas poco aficionadas a esa fruta que eso es señal de que su estómago no se beneficiará con ella, e indica que no debe hacerse un hábito de su uso, pues es malo dejar que las glándulas que segregan el jugo gástrico se atrofien a fuerza de depender constantemente del jugo de ananás para ejercer sus funciones.

Australia es veinticinco veces mayor que las Islas Británicas.

El Viejo Chino, Amigo de las Flores







Una vez había un chino viejo que amaba tanto a las flores, que las llamaba sus hijitas. Aseguraba que veía personitas entre las flores. Usted también podrá ver seis personitas en este dibujo si lo examina bien de arriba y abajo, buscando entre el ramaje y entre las flores, hasta saber dónde se ha escondido cada una.

LO QUE SE SIENTE CUANDO SE MUERE POR FALTA DE ALIMENTO

Curiosas Observaciones de un Desdichado Viajero de las Regiones Polares

Generalmente se cree que la muerte por hambre es una de las que mayores sufrimientos ocasionan. Un documento de gran valor que prueba lo contrario, es la última página del diario del señor Leónidas Hubbard, explorador norteamericano, fallecido hace pocos meses, durante una expedición al país de los nascuppes, en la parte Norte del Labrador.

Se dice que ningún hombre blanco ha llegado hasta ahora a dicho país, y si ha llegado no ha salido con vida.

Las nieves eternas, las más altas temperaturas y la escasez de caza, tienen a aquella región incomunicada con el resto del mundo, y esto bastó para tentar el espíritu aventurero de Hubbard, que acompañado de un guía indio, de nombre Elson, salió en tren-dirección Norte.

Durante más de medio año no hubo noticias de los viajeros, a pesar de las indagaciones hechas por Mr. Whitney, editor del "Outing", de cuya redacción formaba parte el explorador.

Por fin se ha sabido que este murió de hambre en medio de aquellas soledades, mientras sus compañeros habían ido a buscar caza.

A su regreso encontraron el cadáver y con él su diario, cuya última página decía:

"Ayer, en un campamento abandonado, hemos encontrado el fondo de un saco de harina que habíamos cortado.

Pegado a él había un poco de harina. La hemos cocido con algunos huesos de reno viejos y ésto espesó un poco el caldo.

También hallamos un tarro de mostaza que habíamos tirado.

Tomé un poquito y estaba muy buena.

La mezclamos con nuestra sopa de huesos, y parece que nos dió fuerzas. También pusimos un pedazo de piel de reno; se puso muy hinchado y estaba excelente.

Esta mañana, después que los muchachos me dejaron, me encontré muy soñoliento.

Me han dejado una sandalia de piel de reno, sin curar, y algunas galletas.

Bebo una taza de té fuerte y un poco de caldo de huesos.

Como también algo de piel, verdaderamente deliciosa (cocida con huesos), y me da fuerzas, por lo menos para escribir ésto.

Los muchachos sólo tienen te y media libra de harina de arvejas. Mi tienda está abierta frente a una gran roca.

La roca refleja el fuego pero ahora la lluvia lo está apagando. Creo que debo dejar que se apague y cerrar la tienda hasta que pase la lluvia evitando así el viento y conservando la madera.

A la noche o mañana tal vez el tiempo mejore y pueda hacer una hoguera y comer el resto de mi sandalia y mi par de mitones de piel. Me aliviarán un poco.

No sufro nada.

Las angustias del hambre han dado paso a la indiferencia. Tengo sueño.

Creo que no es tan malo morir de hambre.

Pero no hay que suponer que lo espero, estoy preparado, eso es todo.

Creo que los muchachos podrán, con la ayuda del Señor, ayudarme a salvarme".

Los compañeros del infortunado explorador, que también estuvieron a punto de perecer no pudieron volver hasta pasados doce días.

Encontraron el cuerpo de Hubbard envuelto en mantas, como dormido.

La tienda estaba cerrada por dentro y el montón de leña de la hoguera apagada por la lluvia, no había sido tocado.

Estaba claro que después de escribir lo antes copiado, el viajero se echó a dormir y no volvió a despertarse.

PRECAUCION

Una señora, temblando de emoción y acompañada por un niño, se detuvo ante el jefe de estación de un pueblecillo de poquísima importancia.

—¿Ha pasado el tren de las tres y quince? — preguntó

—Hace cinco minutos — le contestó el jefe.

—¿Cuándo pasará el de las cuatro y veinte?

—Dentro de una hora.

—¿Va a pasar antes algún rápido?

—No, señora.

—¿Ni algún tren de carga?

—Tampoco.

—¿Nada, nada?

—Nada.

—¿Está seguro?

—Sí, señora.

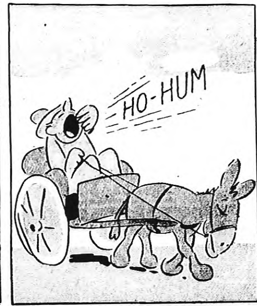
—Bueno, entonces Juancito vamos a atravesar la vía — dijo tomando al chico de la mano.

Para saber algo, sería necesario saberlo todo.—GOETHE.

* * *

Hay 14 huesos distintos en la nariz humana.









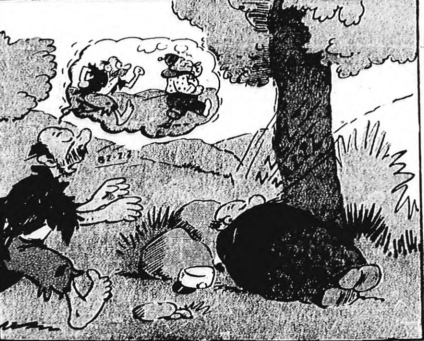


LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

por Dirks



















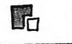








¿QUE PASARA MAÑANA? ¿SE VENGARA EL ATORRA? DESDE LA ROCA SOLITARIA ESPIA EL HORIZONTE CON SUS OJOS DE PREDESTINADO TRAGICO. AL CAER LA TARDE SE PONE DE RODILLAS Y ORA...






La Banda de Araña Negra

Valerosa Hazaña de un Joven Cowboy y de su Inteligente Caballo

Por WILLIAM ROBERTSON

I L U S T R O P R E M I A N I

EL PUENTE DESTRUIDO

EL joven cowboy Kid Mc Keen saltó de la montura de su caballo Canela y se sacudió el polvo amarillento que cubría sus zahones de cuero.

Lanzó dos silbidos y su caballo Canela trotó rápidamente hacia la cocina. El cocinero negro se sonrió, estirando mucho sus gruesos labios, al ver que el bien amaestrado caballito tomaba entre sus dientes un plato lleno de guiso de porotos con tocino y se encaminaba hacia su dueño.

—¡Ja, ja! — exclamó Peck, el dueño del rancho del Cedro. —Ese caballo, Kid, es capaz de hacerlo todo, menos hablar. Oiga, Kid — agregó el ganadero—. Deseo que en cuanto haya acabado de comer salga para el fuerte Flecha. Como usted no ignora, mi hija Effie ha estado unos días de paseo, en Montana, con personas de nuestra amistad. Regresa hoy, por el tren del Oeste, y la espero esta noche en Cedar Halt. Deseo dar una fiesta en su honor, a la que usted y todos los demás muchachos están invitados.

—¡Bravo! — exclamó Kid McKeen—. ¡Será una diversión magnífica!

El patrón Peck inclinó la cabeza afirmativamente.

—¿Comprende, Kid?

—Déjelo por mi cuenta, patrón.

Una figura conocida apareció entonces a la puerta del rancho, jinete en un peludo caballito, y Kid McKeen silbó de nuevo.

El inteligente Canela trotó de nuevo y fué hasta el recién llegado, que era el distribuidor de la correspondencia, tomó entre los dientes el enrollado diario y fué a entregárselo al patrón.

—Veo que hoy no hay cartas — dijo el cowboy—. No viene más que el número semanal de "La Gaceta de Flecha".

El dueño del ranch desplegó el diario.

—¡Hola! — exclamó, alzando la voz—. Dice que el bandolero Araña Negra se ha escapado al otro lado de la frontera.

Al oír nombrar al que era conocido como jefe de una banda de foragidos llamada "los de Araña Negra", autores de muchos asaltos y robos, el cowboy Kid McKeen se sintió impresionado.

Se trataba de una banda sanguinaria, capaz de todos los crímenes. Al asaltar trenes y diligencias, aquellos bandidos no habían vacilado en matar gente inocente e indefensa, por afán de lucro. Nunca bandoleros algunos se habían hecho más merecedores a que las personas honradas los exterminaran.

Sin embargo, el cowboy Kid McKeen no pensó más ni en Araña Negra ni en su gavilla.

Aun cuando todavía no hacía calor, un viento de algunas horas había secado el campo. En algunos sitios estaba ardiendo el pasto. Al cruzar los potreros el cowboy tuvo que taparse la boca y la nariz con el pañuelo para que no le sofocara el humo.

Después de cabalgar algunas millas llegó al fuerte Flecha y se dirigió a la casa de comercio. Compró allí todo lo que su patrón le había dicho y un remanente de fuegos artificiales que había quedado de la última fiesta conmemorativa del 4 de julio, la fiesta patriótica de Estados Unidos.

—Iré directamente a Cedar Halt — se dijo Kid McKeen.

Siguiendo la dirección de la vía del ferrocarril, el camino sería más largo, pero, en cambio, no tendría que pasar por la mayor parte de los campos incendiados.

El cielo estaba rojo con los resplandores del sol poniente, cuando se internó por el terreno solitario, a la orilla de un bosque y camino de la cañada Rugiente. Allí volvería a acercarse a la vía del tren, de la que se había apartado, pues los rieles y los viajeros cruzaban la cañada por el mismo puente. De repente se estremeció, alarmado, y Canela se detuvo, al oírse un rugido largo y estremecedor, que repercutió entre las alturas de las montañas.

—¡Dios mío! — exclamó.

Desde donde estaba alcanzaba a ver parte de la vía del ferrocarril y algunos rieles retorcidos, cayendo hacia la hondonada por donde pasaba la cañada. Al instante comprendió a qué había obedecido el ruido que había oído un momento antes. El puente que cruzaba el cauce de la cañada Rugiente había sido volado con dinamita.



Las manos del cowboy se agarraron a aquellas riendas con desesperación y el caballo empezó a retroceder

El cowboy Kid McKeen se deslizó de la montura.

—¡Muerto! — ordenó a su caballo.

El bien enseñado animal se echó a un lado, entre las plantas, y permaneció enteramente inmóvil.

Se había realizado un atentado criminal. Poco después del anochecer, el tren que se dirigía hacia el Oeste debía pasar por la cañada Rugiente y el puente no había sido destruído por una circunstancia accidental.

Sin hacer ruido alguno se deslizó por entre rocas y plantas y cautelosamente evitó una pequeña playa de arena amarilla, que en otro tiempo había sido una aguada de búfalos. La arena de aquello que parecía una inocente playita era más peligrosa que todas las sirtes de arenas movedizas conocidas. Lo que allí caía no salía jamás.

Había anochecido. Subiendo a terreno más alto, el cowboy vió que algo se movía entre los arbustos. Fijando la mirada, adelantó pausadamente, hasta cobijarse contra un árbol.

Tan ocupado estaba con su persecución que no se dió cuenta de la presencia de un hombre entre las ramas del mismo árbol al pie del cual se había detenido. Un leve ruido lo puso alerta y desnudó inmediatamente el revólver.

Vió que descendía del árbol un hombre con aspecto de gorila y que vestía una camisa negra. Hizo fuego instantáneamente.

Erró por muy poco la cabeza del hombre y un trozo de corteza del tronco del árbol voló por los aires. Entonces le cayó encima todo el peso de aquel hombre, y al rodar por el suelo bajo tal impulso, el cowboy soltó el revólver que tenía en la mano.

LA LUZ ROJA

—¡Araña Negra!

El cowboy Kid McKeen gritó este nombre al agarrarse a una raíz y revolverse en el suelo.

—¡Maldito espía! — vociferó el bandolero—. ¡Por suerte he llegado a sorprenderlo a tiempo! ¡Si no se me ocurre echar una mirada!..

Con un movimiento muy rápido el cowboy se arrojó sobre el bandido, lo desarmó y le dió un golpe en la mandíbula.

Por lo visto, el semanario del fuerte Flecha había sido mal informado. El bandolero estaba todavía en el distrito y Kid McKeen tenía razón para suponer que los demás de la banda no podían estar lejos. Más razón tuvo para creerlo así al oír gruesas y cercanas voces y pasos precipitados entre los árboles. En seguida media docena de bandidos, es decir, el grupo de asaltantes, se echaron encima del cowboy y lo dejaron casi desmayado a puñetazos y puntapiés.

Maltrecho y aturdido, el cowboy Kid McKeen fué llevado por entre los árboles en la misma dirección de donde había venido.

Lo llevaron durante unos momentos y el cowboy pudo darse cuenta, entonces, de que pensaban arrojarlo a la antigua aguada de los búfalos.

Demasiado debilitado para poder oponer resistencia, se sintió balanceado por los bondoleros y luego arrojado al aire.

Cayó en el agua poco profunda, dió en el fondo, trató de moverse, pero sintió los tobillos sujetos en las traidoras arenas, que lo apretaban como si fueran vigorosos reptiles. En su desesperación, trató de pedir socorro y los bandoleros se rieron, burlonamente, a carcajadas.

—¡Más vale que se calle, pues todo es inútil! — le gritó Araña Negra.

Los bandoleros volvieron la espalda y se fueron entre las rocas y los árboles, y el cowboy McKeen cesó sus esfuerzos, que sólo le hundían más y más en la traidora sirte.

Se hundió cada vez más. Sólo le quedaba una esperanza y por eso frunció los labios, lanzando un fuerte silbido.

Con gran esfuerzo logró que su silbido fuera oído y no tardó en convencerse de que Canela, su caballo, lo había tomado en cuenta. Sin embargo, nada le indicaba la proximidad del animal y el cowboy se hundía cada vez más. De pronto vió que su caballo se acercaba por entre los árboles, a la orilla del agua.

—¡Canela! — exclamó el cowboy Kid McKeen—. ¡Por favor! ¡Haz algo!

El inteligente caballo evitó la arena peligrosa y se deslizó entre los árboles, lenta, pero seguramente. Aproximándose a la orilla, pisó fuertemente con las manos y se adelantó hacia el agua. Despacio fue colocandose el caballo, más y más cerca del cowboy. Luego echó la cabeza hacia adelante y con un movimiento rápido echó las riendas por encima de ella.

¡Las agarré! — exclamó Kid McKeen.

Las manos del cowboy agarraron aquellas riendas con desesperación y el caballo empezó a retroceder, lentamente. Su joven patrón estiró los brazos, tirando con todas sus fuerzas, sujeto por el caballo, de las piernas metidas en las terribles arenas.

Pero con seguridad, aun cuando muy lentamente, el cowboy logró levantarse hasta el tronco en que apoyaba sus manos el caballo. Al cabo de unos momentos pisaba tierra firme.

Si había de evitar la destrucción del tren en que viajaba Effie, la hija del patrón, y tantas personas más, no había tiempo que perder. Montó a caballo y se dirigió hacia el bosque de pinos, vendándose con el pañuelo la mano izquierda, que tenía herida.

Habiéndose distanciado bastante para ponerse fuera del alcance de los tiros de revólver, el cowboy tiró de las riendas, saltó de la montura y dió una palmada en el anca de Canela, para que el caballo siguiera trotando por entre las plantas, pero sin jinete. Sacando una antorcha eléctrica, Kid la encendió.

De pronto se vió un fogonazo procedente del revólver de Araña Negra y la antorcha cayó de la mano de Kid Mc Keen. Acudió entonces todo el grupo de bandoleros y tras ellos se acercó Canela, el caballo del cowboy, corriendo como un demonio vengador.

—¡Mil demonios! — gritó Araña Negra.

No tuvo tiempo de evitar que el caballo se le echara encima, saltando por entre el pasto quemado. Kid se volvió, agachándose a tiempo para evitar la bala de un tiro de uno de los bandidos, y alcanzó a voltear de un puñetazo al que se le colocó más cerca. A patadas y mordiscos, Canela logró esparcir a los bandoleros en distintas direcciones.

El tren avanzaba por una rocosa cortadura. Kid sacó un objeto de una de las alforjas.

Inclinándose, acercó el objeto a unas matas de pasto que ardían todavía y aquello empezó a echar chispas. Antes de que llegara hasta él uno de los bandidos que se habían puesto en su persecución, logró arrojarlo a la vía del tren. El bandido lo atacó entonces y el cowboy rodó por el suelo, peleando.

Por el momento, el cowboy Kid McKeen creyó que había fracasado. El tronar del tren en marcha se acercaba y la luz de la locomotora se veía cada vez más cercana. De pronto se alzó en la vía un volcán de llamaradas y se oyó el rechinar de los frenos del convoy.

El tren para el Oeste se detuvo. Pasajeros y empleados bajaron de los coches y fueron, por la vía, hasta el sitio donde el cowboy Kid y su caballo Canela libraban una terrible pelea contra los bandoleros de Araña Negra. Dos minutos después estaban apresados los asaltantes y Kid McKeen enteraba a los pasajeros del tren de todo lo relativo a la voladura del puente por medio de una carga de dinamita.

Los demás caballos habían escapado por el campo. Los bandoleros presos fueron subidos al tren, para entregarlos a la justicia, a fin de que, a su tiempo, llevaran el castigo que tenían tan merecido

El cowboy Kid McKeen se pasó la mano por la frente y se volvió hacia Canela, cuando una mano delgada se le apoyó en el hombro. Effie, la hermosa hija del dueño del ranch, estaba a su lado.

—¡Mucho me alegro de que esté en salvo, muchacha! — exclamó el cowboy, sonriendo.

—¡Sí! ¡Gracias a usted! — replicó Effie, muy contenta.

—Gracias a mi buena suerte, mejor dicho — manifestó el cowboy. — En el momento en que me hizo falta una luz roja, recordé que traía algunas bengalas coloradas, para la fiesta, y encendí una de ellas en las matas de pasto que aun no estaban apagadas, logrando, no sé cómo, arrojarla a los rieles, delante del convoy que corría a su perdición. Ahora, Effie, monte en ancas de mi caballo. Esta noche se celebra una fiesta muy hermosa en el ranch y es enteramente necesario que usted no falte.

★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆

LA HERRADURA DE ORO

CUENTO FABULOSO PARA ENTRETENER A LOS CHICOS



HABIA una vez una encantadora princesa llamada Cheila, y se hallaba jugando en el hermoso jardín del palacio.

El día era cálido, los soldados se habían dormido y nadie oyó que un jinete desconocido entraba por los portones, dirigiéndose hacia la jovencita.

Hasta pasados unos instantes los soldados no vieron que el forastero y la princesita se elevaban, montados en el caballo de aquél, por el aire, y que alejándose cada vez más, acababan por perderse de vista.

Los gritos que lanzaron los soldados atrajeron al rey y a la reina y a numerosos caballeros.

—¡Miren! — gritó uno. — El caballo lleva herraduras de oro. Pertenece al mago de "Las siete colinas".

Como nada podía hacerse entonces, el rey y la reina entraron tristemente en el palacio, y al día siguiente lanzaron una proclama que decía: "El que rescate a la princesa Cheila vivirá en el palacio del rey y será tratado como si fuera hijo del monarca".

Tal promesa hizo que muchos hombres temerarios intentaran la empresa. Pero al cabo de doce meses nada se había conseguido y ni la princesita ni el mago habían sido hallados.

Vivía en aquel reino un herrero joven, fuerte y valiente que se propuso intentar la aventura y partió en busca de la joven desaparecida. Montó en Betún, su hermoso caballo, y recorrió población tras población, durante varios meses. Trabajaba en los pueblos, en las herrerías, sin exigir dinero, por el alojamiento y la comida.

Por fin, después de haber viajado por espacio de seis meses, llegó a una aldea situada en un valle rodeado de colinas. Los campos estaban desnudos, las cosechas eran míseras y todo estaba triste y sombrío.

Decidió permanecer allí algún tiempo, y como las veces anteriores, se colocó como oficial en la casa del herrero.

¡Clinc! ¡Clinc! ¡Clanc! ¡Clanc! ¡Tinc! ¡Tinc! ¡Tanc! golpeaba con el martillo. Las chispas volaban y sus músculos se hinchaban con el esfuerzo. Era un espectáculo agradable ver a aquel muchacho simpático trabajar con tanto ahinco, de manera que mucha gente rodeaba la fragua, contemplándolo.

—¿Por qué causa todo parece triste y sombrío aquí y las cosechas son tan pobres, amigos míos? — preguntó Pedro al tachero, al sastre, al carnicero y al panadero que lo rodeaban.

Todos lanzaron un gran suspiro.

—¡Ah, Pedro! ¿No lo has oído decir? Este es el pueblo de "Las siete colinas" y aquí vive el mago malvado que destruye todas nuestras cosechas y mata nuestras ovejas, agobiándonos además con sus impuestos.

El corazón de Pedro se sobresaltó. Al fin estaba en buen camino.

—¿Dónde queda el palacio del mago? — preguntó.

Uno de los hombres señaló con el dedo una colina, en cuya cumbre se levantaba un magnífico palacio con torre de oro.

—Allí, — dijo. — Pero no es posible llegar hasta el palacio a pie. El mago utiliza para entrar y salir un caballo que va por el aire.

Esto hizo que Pedro se decidiera a permanecer en aquel lugar, y como el herrero era un hombre anciano, aceptó de buen grado que el muchacho se quedara para ayudarlo.

Una mañana Pedro observó que había movimiento en el balcón de la torre de oro. Permaneció con la vista fija en ella hasta que vió, con alegría, que salía volando un caballo montado por un jinete. El caballo se fué acercando más y más hasta que, por último, se detuvo en la herrería.

El jinete se apeó y se aproximó a Pedro.

—He oído decir que es usted un buen herrero, — dijo con nerviosidad. — ¿Puede usted remendar esta herradura de oro de manera que no se conozca la rotura?

Pedro adivinó que se hallaba ante un sirviente del mago. Entonces sonrió.

—¡Sí! — repuso. — Puedo hacer algo mejor que eso. Le voy a poner al caballo una herradura de oro completamente nueva, y así su patrón no conocerá la diferencia.

—Tengo que ir al pueblo a cobrar unos impuestos, — dijo entonces el sirviente. — Trate de terminar pronto.

Pedro cambió rápidamente la herradura, poniendo, en lugar de la que sacó, una que había hecho en un día en que no tenía mucho trabajo. El sirviente montó a caballo, ignorando que el animal estaba unido a la tierra, pues el mago nunca le había dicho que la herradura de oro era la que tenía el poder mágico de hacer volar al caballo.

Pedro, de inmediato remendó la herradura rota y la puso a su caballo Betún.

Montó y en seguida se vió elevado por los aires. Volando cada vez más alto llegó a la torre. Felizmente el balcón era ancho y Pedro pudo entrar fácilmente. La encantadora princesa Cheila estaba sentada junto a la ventana y Pedro, acercándose, le indicó que guardara silencio y que montara en ancas de su caballo.



En cuanto el caballo partió, el mago oyó el retumbar de los cascos, salió para ver que pasaba. Pero como Betún, llevando a Cheila y Pedro, ya se alejaba por el aire, el mago nada pudo hacer.

No tardaron los fugitivos en llegar al palacio del rey donde, con gran regocijo, fué recibida la princesa.

El joven herrero, de acuerdo con lo ofrecido por el rey, vivió desde entonces en el palacio con la familia real y se convirtió en uno de los más distinguidos y valientes caballeros.

PELLEAS Y ETTARDE

(Ilustró PREMIANI)

EN una triste comarca y entre gente ruda y de carácter huraño, vivía un muchacho llamado Pelleas.

A aquel lejano país llegaron nuevas de los nobles señores y hermosas damas de la corte del Rey Arturo, y Pelleas, muy asombrado, oyó decir que los hombres del país del Rey Arturo eran valientes y que las mujeres sonreían. Para conocer mejor tan extrañas cosas, decidió salir de su tierra en cuanto le fuera posible.

Sus compatriotas se burlaron de Pelleas, pues éste, a imitación de los caballeros en que siempre pensaba, se esforzaba por ser valiente y cariñoso.

Las hurañas mujeres mirábanse unas a otras sorprendidas, cuando veían el alegre y sonriente rostro del muchacho. Pelleas pensaba en las alegres damas de que le hablaran y cierta alegría había penetrado también en su alma.

Cuando tuvo algunos años más, Pelleas salió de su patria, abandonando las tierras que le pertenecían. Tomó su caballo y su lanza y se propuso rogar al Rey Arturo que lo admitiera por uno de sus caballeros, pues, por los relatos que le hicieran del modo de ser de los caballeros de la Tabla Redonda, había aprendido a conducirse como ellos.

Después de muchos días de viaje, Pelleas llegó a la corte y cuando el Rey hubo oído la extraña historia del joven y observado su varonil belleza y fuerza, no tuvo ningún inconveniente en aceptarlo por caballero.

Pelleas, entonces, dispuesto a dar principio a sus aventuras y a emprender toda clase de empresas, marchó a Caerleon, en donde, al cabo de tres días, iba a celebrarse el torneo del Rey.

Este había prometido una corona de oro y una buena espada al caballero que demostrase ser el más fuerte. La corona debía llevarla la dama elegida por el vencedor como más hermosa, que recibiría el título de "Reina de la Belleza".

Yendo hacia el sitio en que debía tener lugar el torneo, Pelleas siguió un camino lleno de polvo y caldeado por la ardiente luz del sol. No había árboles bajo los cuales guarecerse, mas a pesar de ello, el caballero marchaba rápidamente, para llegar cuanto antes a un espeso bosque que a gran distancia se descubría.

Al llegar allí, estaba tan fatigado que desmontó y, atando su caballo a un árbol, se tendió bajo la sombra del follaje y se quedó dormido.

Lo despertaron alegres carcajadas y, abriendo los ojos, vió a poca distancia un grupo de hermosas doncellas.

Pelleas se quedó maravillado. Figuróse que serían las ninfas de aquel bosque y con grandísimo interés observó sus alegres juegos por entre los árboles.

Llevaban todas ricos y hermosos trajes, azules, amarillos y rojos. A la sazón empezaron a conversar y luego a mirar en distintas direcciones. Entonces Pelleas comprendió que se habían extraviado en el bosque, en su viaje hacia el lugar en que debía celebrarse el torneo.

Entonces las jóvenes se fijaron en el caballero tendido bajo el árbol y, con gritos de alegría, se acercaron a él, para rogarle que les indicara el camino.

—Yo le hablaré — exclamó una de ellas, llamada Ettarde, la más hermosa y alta de entre todas.

Y dejando a sus compañeras a cierta distancia, se acercó a Pelleas.

Este, no despierto del todo, se quedó maravillado ante la extraordinaria belleza de la joven y no fué capaz de contestar a las preguntas que le dirigía, pero, al cabo de unos momentos, se recobró y dijo:

—Como yo también voy a Caerleon, os guiaré.

* * *

Mientras atravesaron el bosque, Pelleas fué al lado de Ettarde. Cuando las ramas interceptaban el paso, él se adelantaba a separarlas y si el camino era estrecho, tenía gran cuidado en conducir el caballo de la joven. Por la tarde, cuando Lady Ettarde desmontó, Pelleas acudió a ayudarla y a la mañana siguiente también la ayudó a subir a caballo.

Lady Ettarde era una gran señora, que poseía extensos dominios; habíanla servido hazañosos caballeros, que salieron victoriosos de muchas batallas y combates y que gozaban de gran fama. Por esta razón, Ettarde no hacía caso de los solícitos cuidados de Pelleas.

—Como parece muy fuerte caballero — pensó — fingiré que recibo con agrado sus amorosas manifestaciones y tal vez así conseguiré que, si gana la corona de oro, la ciña en mis sienes y me llamen "Reina de la Belleza".

Lady Ettarde, como se habrá visto por lo que antecede, era mujer vanidosa y cruel y, al aceptar los servicios del caballero, solamente se proponía obtener la corona de oro y ser llamada "Reina de la Belleza", sin importársele un ardite la felicidad de Pelleas. Por esta razón estuvo amable muchos días con el caballero y, por fin, le dijo que lo amaría si ganaba la corona de oro ofrecida en premio al vencedor del torneo.

El caballero, en extremo feliz, contestó que emplearía toda la fuerza de su brazo en conquistar el premio para su adorada.

Los caballeros y damas que tal oyeron, sintieron lástima del pobre caballero, pues comprendieron que Lady Ettarde se proponía burlarse de él.

Por fin llegaron todos a Caerleon y, a la mañana siguiente, empezó el torneo.

Lady Ettarde estaba satisfechísima, al ver que diariamente su caballero obtenía la victoria, derribando con la mayor facilidad a veinte enemigos.

—La corona será mía — decía a sus amigos.

Pero todos la trataban con frialdad, adivinando de antemano cuál sería el pago que reservaba al pobre caballero.

Al tercer día del torneo, el Rey Arturo proclamó en alta voz que Sir Pelleas era el vencedor y que, por lo tanto, le correspondía en justicia la corona de oro y la buena espada.

Entonces, en presencia de todo el pueblo, Sir Pelleas tomó la corona de oro y la tendió a Lady Ettarde, proclamándola la más hermosa de todas las damas que allí estaban y dándole el título de "Reina de la Belleza".

Lady Ettarde quedó tan complacida con el premio que durante uno o dos días continuó tratando amablemente al caballero, pero pronto se cansó de él y manifestaba disgusto cada vez que lo veía.

Pero Sir Pelleas era feliz, a pesar de todo, porque confiaba en su dama y se decía:

—Quiere probar si mi amor es verdadero.



Otra vez Sir Pelleas desenvainó la espada

Las damas se disgustaron al ver el mal comportamiento de Lady Ettarde, y mucho más al considerar que otras más nobles y hermosas habrían aceptado complacidas su amor.

—Me marcho a mis posesiones — dijo un día Lady Ettarde, — pues ya estoy cansada de ver a mi caballero.

Cuando Sir Pelleas se enteró de ello, sintió gran satisfacción. Recordó con alegría cuán feliz fué durante el viaje hacia Caerleon, mientras atravesaban el bosque, y esperaba ser nuevamente dichoso acompañándola en su viaje de regreso, pues podría prodigar a su dama toda suerte de atenciones, para librarla de las molestias del camino.

Cuando Lady Ettarde vió que su caballero se disponía a acompañarla, se irritó sobremanera.

—No quiero al caballero a mi lado — dijo a sus damas. Para amarlo quiero un guerrero de más edad.

Y todos los que conocían la crueldad de la dama, compadecieron al noble caballero.

Durante el viaje los días parecían interminables al pobre caballero, porque nunca podía ver ni hablar a Lady Ettarde.

* * *

Al llegar ésta cerca de su castillo, apresuró el paso de su caballo, mandando a sus damas y señores que la siguieran de cerca. Bajóse el puente levadizo y en cuanto Lady Ettarde y su séquito lo hubieron atravesado, se levantó de nuevo, dejando fuera a Sir Pelleas.

El caballero se quedó atónito, sin saber qué hacer. ¿Sería también aquello para probar su amor, o bien su dama lo despreciaba? No quiso creer lo último y se dijo que Lady Ettarde lo trataría mejor en cuanto se convenciera de la fidelidad y paciencia de su caballero. Y para demostrar tales virtudes vivió en una tienda de campaña varios días, junto al castillo.

Lady Ettarde se enteró de lo que hacía el caballero y, llena de cólera, dijo:

—Mandaré a diez de mis hombres a combatir contra él y así ya no le veré más el rostro.

Cuando Pelleas vió llegar a los diez enemigos se armó a toda prisa y se batió con tanta bravura que los venció a todos.

Pero luego permitió que sus enemigos lo ataran de pies y manos y lo llevaran al interior del castillo, esperando que lo conducirían a presencia de Lady Ettarde.

Pero al ver a Pelleas, Lady Ettarde se burló de él y ordenó a sus hombres que lo ataran a la cola de un caballo y dieran así la vuelta al castillo.

—Tal vez cree que no la amo lo bastante — pensó Sir Pelleas, mientras peleaba para librarse de los servidores de Lady Ettarde y poder regresar a su tienda.

Diez hombres más fueron contra él y Pelleas los venció también, permitiendo luego que lo ataran y lo llevaran a presencia de Lady Ettarde.

Pero como ésta habló al caballero con más crueldad que nunca y se burló de su amor, Sir Pelleas se marchó tristemente, pensando:

—Si fuese tan buena como hermosa, ciertamente no sería tan cruel.

Y le dijo entonces que ya no trataría de verla más, aun cuando continuaría amándola.

A la sazón, uno de los caballeros del Rey Arturo, llamado Sir Gawain, pasó ante el castillo, a tiempo para ver cómo los diez hombres de armas atacaban a Sir Pelleas.

Vió cómo éste los vencía a todos y luego permitía que lo ataran y se lo llevaran.

—Mañana le ofreceré mi auxilio — pensó Sir Gawain, lamentando la desgracia del caballero.

* * *

Al día siguiente halló a Sir Pelleas en su tienda, triste en extremo. Y cuando Sir Gawain le preguntó la causa de su pesar, Sir Pelleas le relató su amor no correspondido por Lady Ettarde, añadiendo que, si se dejaba atar, era para que lo llevaran a presencia de la bella y cruel señora.

Sir Gawain consoló al caballero y se esforzó en hacerle cobrar ánimo, ofreciéndole, además, su ayuda, porque él era también uno de los caballeros del Rey Arturo y debía prestar auxilio a sus hermanos de armas.

Sir Pelleas tuvo confianza en él, porque el Rey Arturo había hecho jurar a todos sus caballeros que se auxiliarían siempre unos a otros como si fuesen hermanos.

—Dadme vuestra armadura y vuestro caballo — dijo Sir Gawain. Iré disfrazado al castillo y diré a Lady Ettarde que os he dado muerte. Ella, entonces, me hará entrar y le hablaré de vuestro amor y valentía y así aprenderá a amaros.

Sir Gawain se alejó, llevando la armadura y el casco de Sir Pelleas y prometiendo regresar dentro de los tres días siguientes.

Lady Ettarde estaba paseando por las inmediaciones del castillo, cuando vió que se acercaba el caballero.

—¡Otra vez Sir Pelleas! — exclamó irritada y regresando apresuradamente al castillo.

Pero Sir Gawain le dijo a gritos que no se moviera, añadiendo que no era Sir Pelleas, sino un caballero que lo había vencido y muerto.

—Quitaos el casco, para que yo vea si es verdad lo que decís — exclamó Lady Ettarde.

Cuando vió que, realmente, aquél no era Sir Pelleas, lo hizo entrar en su castillo y, una vez allí, le dijo:

—Ya que habéis matado a Sir Pelleas, a quien odiaba, os amaré.

Sir Gawain vió entonces cuán hermosa era la dama y olvidó su crueldad para con Sir Pelleas y la amó. Y como no era un caballero leal, no se acordó para nada de Sir Pelleas, que aguardaba ansiosamente su regreso.

Transcurrieron seis días, pero Sir Gawain no regresaba, entretenido como estaba con las fiestas que se celebraban en el castillo y con la compañía de Lady Ettarde.

Por fin, Sir Pelleas no pudo sufrir por más tiempo su soledad. La noche del sexto día se acercó al castillo, atravesó el foso a nado y vió gran número de tiendas, en las que dormían los caballeros y damas, así como también Sir Gawain.

—Se ha olvidado de mí y va a quedarse con Lady Ettarde — murmuró con desprecio Sir Pelleas.

Y desenvianó la espada que ganara en el torneo, para matar a Sir Gawain.

De pronto recordó los votos cuando el Rey lo armó caballero y volviendo a envainar la espada regresó a su tienda.

Pero Sir Pelleas no podía resolverse a salir de aquellos lugares y a la noche siguiente volvió al castillo, en donde halló también las tiendas de campaña y en una de ellas a Sir Gawain, dormido.

Otra vez Sir Pelleas desenvainó la espada, pero entonces la dejó atravesada sobre el cuello de su falso amigo.

* * *

Cuando Sir Gawain se despertó por la mañana y sintió el frío del acero, llevó la mano al cuello y halló la espada de Sir Pelleas.

No sabía cómo llegó el arma hasta allí, pero cuando refirió a Lady Ettarde lo sucedido, ella se percató en seguida de que aquella espada era la que Sir Pelleas ganó en el torneo, juntamente con la corona de oro.

—¡No habéis muerto al caballero que me amaba — exclamó Lady Ettarde, — porque ha estado aquí, dejando su espada sobre vuestro cuello!

Y entonces sintió desprecio por Sir Gawain, que había mentido, y lo echó de su castillo.

Lady Ettarde empezó entonces a pensar en su fiel caballero y cuando se fijó en cuánta era su lealtad y en el extremado amor que por ella sentía, se compadeció de él y, por fin, acabó por amarlo.

Después de haber dejado su espada a través del cuello de Sir Gawain, Pelleas regresó triste a su tienda y, despojándose de la armadura, resolvió dejarse morir.

Su escudero se apesadumbró al ver que su amo no quería comer ni dormir, cosa que lo debilitaba más cada día. El buen servidor andaba un día tristemente por la orilla de un río, pensando en lo que podría hacer para curar a su amo, cuando vió a una hermosa joven, llamada la "Dama del Lago".

Esta le preguntó por qué estaba triste y el escudero, seducido por el bondadoso acento de la dama, le refirió la historia de los tristes amores de su amo y también la traición de que fué objeto por parte de Sir Gawain.

—Llévame a donde está tu amo — dijo la "Dama del Lago".

Y en cuanto se halló ante Sir Pelleas se enamoró de él.

—Voy a hacerle dormir — murmuró — y en cuanto se despierte estará bueno y sano.

Y pronunciando un conjuro mágico, lo sumió en dulce y apacible sueño.

Al despertar, Sir Pelleas sintióse otra vez fuerte y vigoroso y comprendiendo al fin que Lady Ettarde era indigna del amor de un buen caballero, sintió desprecio por ella.

En cambio, cuando Lady Ettarde supo que el caballero ya no la amaba, lloró desconsolada y murió de pena.

Luego, la hermosa y buena "Dama del Lago" rogó al caballero que fuera a vivir con ella en su morada subacuática. Y, durante el viaje, la bondad de la doncella fué ganando poco a poco al caballero, el cual acabó por amarla con todo su corazón y desde entonces vivieron juntos, amándose hasta el fin de su vida.

























AQUÍ TIENEN PIBES Y PIBAS, LA SEGUNDA ESTAMPILLA CÓMICA DE LAS "PEQUEÑAS DELICIAS DE LA VIDA CONYUGAL". VAMOS A VER QUIEN RESULTA CAMPEÓN DE ESTA GRACIOSA FILATELIA. PEGUEN LAS ESTAMPILLAS EN UNA LIBRETA. LA SEMANA PROXIMA APARECERA UNA NUEVA. ¡NO DEJE DE ADQUIRIR EL SUPLEMENTO PARA NIÑOS DE JORNADA!



Por JIMMY MURPHY — BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA



























JIMMY MURPHY ©

LOS VIAJES DE PICA A TRAVES DEL MUNDO por Blosser





PITUCO EL DESOCUPADO por Crane





FILILA por Brinkerhoff







CHILICOTE Y CINCOGUITAS por Bruce Barr









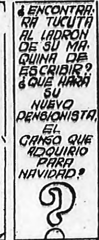
TUCUTA por J. Carver Pusey











PICHONA CHARABON por Don Flowers









PARA CALENTARSE LA CABEZA

Es bastante bueno que la muchachada se caliente un poco la cabeza, tratando de dar con la tecla de la solución de algunos "puzzles" y acertijos, pero no es conveniente, sin embargo, que se la calienten demasiado en estos tiempos de verano. Por eso damos los acertijos y problemas con sus correspondientes soluciones más adelante. Si el lector no quiere tomarse mayor trabajo, puede ver el problema y la solución y apreciar fácilmente el ingenio que se ha puesto a su servicio para procurar entretenerlo unos momentos.

Cuadro Mágico

Los cuadros mágicos son "puzzles" muy populares en Estados Unidos y en Inglaterra. El que presentamos, es enteramente nuevo y consiste en una serie de números colocados en cuadritos en un cuadro más grande,' que han de servir de base para otros números que luego han de dar el mismo total sumados vertical, horizontal y diagonalmente.

4	2	5	3	1

En este ejemplo de hoy, los números 1, 2, 3, 4, y 5 llenan ya la línea superior. L que usted tiene que hacer, es llenar los otros cuadritos con los mismos números, pero en diferente orden, naturalmente, de modo que los totales, horizontal, vertical y diagonalmente, sean enteramente iguales. Eso puede hacerse "fácilmente" con un poco de paciencia.

Construcción de Puentes

Los puentes son, tal vez, las obras más asombrosas de la ingeniería. Esta importante afirmación tiene el mérito de ser antiquísima y de venir a cuento, pues vamos a presentar un problemita que se refiere, precisamente, a la construcción de un puente.

Para realizar esta obra de ingeniosidad, es necesario tener a su disposición cuatro vasos y cuatro fósforos. Los estadounidenses hacen el jueguito con cuatro fósforos de palo. Nosotros, es decir ustedes, podrán hacerlo con cuatro fósforos de los que se usan en el país.

Los fósforos se han de poner de modo que los tres vasos, colocados como lo indica el dibujo, queden unidos por un puentecito hecho por los cuatro fósforos, que no deben apoyar nada más que la puntita en el borde de cada vaso. Hay que pensar un momentito y en el caso de que se le caliente demasiado la cabeza, ver en seguida la solución, para no preocuparse más.

El Cuadro Numérico Misterioso

Este es un cuadro numérico misterioso. Si se fijan en los números puestos en los cuadritos, verán que no están en debido orden. ¿Podría usted dividir el cuadro grande de cincuenta y seis cuadritos en dos partes iguales de modo que, una vez reunidas, formen un cuadro perfecto y en el cual los números estén todos en su correspondiente correlación

1	8	15	22	29	36	43
2	9	16	23	30	37	50
3	10	17	24	31	44	51
4	11	18	25	38	45	52
5	12	19	32	39	46	53
6	13	26	33	40	47	54
7	20	27	34	41	48	55
14	21	28	35	42	49	56

Si les parece muy difícil encontrar la solución, miren más abajo en esta misma página y encontrarán el modo de colocar las dos mitades del cuadro para obtener el resultado apetecido.

VEA VD. AHORA LAS SOLUCIONES

De acuerdo con lo prometido más arriba y con el objeto de no dar demasiada preocupación al lector, daremos a continuación las soluciones de los "puzzles" publicados en esta sección, pero recomendando que no miren las soluciones sin antes haber hecho todo lo posible para encontrarlas por el propio esfuerzo.

CUADRO MAGICO

Es necesario estudiar bien lo que dice el problema y buscar la solución con la mayor paciencia posible. No hay que suponer que se trata de algo imposible, pues ya ven ustedes por el cuadrito que se publica junto a estas líneas, que el resultado exigido puede obtenerse, esperemos que sin mayor dificultad al tratarse de los estimados lectores que dedican una mirada a esta sección, para "calentarse la cabeza", pero sólo hasta cierto punto, naturalmente.

4	2	5	3	1
3	1	4	2	5
2	5	3	1	4
1	4	2	5	3
5	3	1	4	2

CONSTRUCCION DE PUENTES

Es necesario, para construir el puente con los cuatro fósforos y entre los bordes de los cuatro vasos colocados como lo indica el dibujito del problemama, poner los fósforos, de preferencia de madera, en la forma que puede verse en el adjunto grabado. Los fósforos no apoyan más que un extremo en el borde de cada vaso, pero quedan tan bien trabados que constituyen una plataforma perfecta y casi pudiéramos decir que resistente, aun cuando sea tan débil la calidad del material con que está construida.

EL CUADRO NUMERICO MISTERIOSO

Para obtener el resultado que se propone, es necesario cortar el cuadro por arriba del 7, es decir, por la línea que separa el 7 del 14. Corten luego hacia arriba, como siguiendo una escalera hasta llegar a la raya que separa el 43 del 50. Arreglen entonces los dos pedazos de modo que el 7 y 14 queden el uno al lado del otro. Así se encontrarán con que los números quedan en orden.

1	8	15	22	29	36	43	50
2	9	16	23	30	37	44	51
3	10	17	24	31	38	45	52
4	11	18	25	32	39	46	53
5	12	19	26	33	40	47	54
6	13	20	27	34	41	48	55
7	14	21	28	35	42	49	56

Como pueden ustedes haber visto, el cuadrado, a pesar de ser sumamente mágico, no es de muy difícil ni de muy complicada solución, pero puede entretener un rato a quien tenga la curiosidad de buscar su secreto.


FLUID CARNIS ESTRELLA
Regenera y enriquece la sangre
Es el más eficaz reconstituyente
Es el tónico más poderoso
Preparado por las grandes Fábricas
y Laboratorios Argentinos de la
Droguería de la Estrella Ltda.—
Rivadavia esq. Paraná, Bs. Aires
EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
Fluid Carnis
OPOTERAPIA
FLUID-CARNIS-ESTRELLA
INDUSTRIA ARGENTINA
JUGO DE CARNE CRUDA DE BUEY
PURO, INALTERABLE
CONCENTRADO EN FRIO
Metodo Curativo por ZOMOTERAPÍA
PODEROSO RECONSTITUYENTE
ANTIBACILAR
Preparado en los Grandes
Laboratorios Quimicos
Farmacéuticos de la
BUENOS AIRES
UN JUGO PURO Y
FRESCO DE CARNE CRUDA
GUEVARA-GUIDA